

minotauro

RAY BRADBURY

LA MUERTE
ES UN ASUNTO
SOLITARIO



RAY BRADBURY

LA MUERTE
ES UN ASUNTO
SOLITARIO

minotauro

Título original:
Death Is a Lonely Business

© 1985, Ray Bradbury
© Traducción de Daniel Lars

© Editorial Planeta, S. A., 1990
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados
ISBN: 978-84-450-0765-5
Depósito legal: B. 17.800-2020

Fotocomposición: Realización Planeta
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Venice, California, era en los viejos tiempos muy recomendable para la gente que quisiera estar triste. Había niebla casi todas las noches y a lo largo de la costa se oía el lamento de las máquinas de los pozos de petróleo y los golpes del agua oscura en los canales y el silbido de la arena contra las ventanas de tu casa cuando el viento soplaba y cantaba entre los espacios abiertos y en las calles vacías.

Eran los tiempos en que el muelle de Venice se caía a pedazos y moría en el mar y uno podía encontrar allí los huesos de un enorme dinosaurio, la montaña rusa, cubiertos por las mareas.

En el extremo de un largo canal uno podía encontrar los carromatos de un viejo circo, tumbados y vacíos, y en las jaulas, a medianoche, si uno miraba, había cosas vivas: peces y cangrejos que se movían junto con la marea; y allí estaban los circos de todos los tiempos, de alguna manera sentenciados a muerte y cubriéndose de moho.

Y había un enorme coche eléctrico rojo que corría estrepitosamente hacia el mar cada media hora y que a medianoche doblaba la curva y echaba chispas en

los cables y se alejaba lamentándose como los muertos que se revuelven en sueños, como si los trenes y los hombres solitarios que se balanceaban en la plataforma del conductor supiesen que desaparecerían al año siguiente, los rieles cubiertos con cemento y alquitrán, las telarañas de cables acumulados en rollos y llevados lejos.

Y fue en aquel tiempo, en uno de esos años solitarios en que la niebla jamás se disipaba y el viento jamás dejaba de lamentarse, que montado en el viejo coche rojo, el enorme trueno bamboleante, me encontré una noche con el amigo de la Muerte y no lo supe.

Era una noche lluviosa y yo leía un libro en la parte trasera del viejo coche rugiente y quejumbroso mientras íbamos de una estación desierta e inundada de confeti a la siguiente. Solo yo, el gran coche de madera dolorida y el conductor allá adelante golpeando los mandos de bronce y soltando los frenos y dejando salir el vapor infernal cuando era necesario.

Y el hombre en el pasillo, que de alguna manera había subido sin que yo lo advirtiera.

Al fin me di cuenta de que el hombre estaba allí porque se balanceaba largo rato, una y otra vez, de pie detrás de mí, como si no pudiera decidirse, porque había cuarenta asientos desocupados y de noche cerrada es difícil elegir con tanto espacio vacío. Pero al fin oí que se sentó y supe que estaba allí porque me llegaba su olor como el de las marismas que inundan los campos. Por encima del olor de las ropas había un olor a demasiado alcohol bebido en demasiado poco tiempo.

No me volví a mirarlo. Aprendí hace mucho que si uno mira el otro parece animarse.

Cerré los ojos y mantuve la cabeza firmemente apartada. No resultó.

–Oh –gimió el hombre.

Me pareció que se inclinaba hacia delante en el asiento. Sentí la respiración caliente en la nuca. Me agaché, apartándome.

–Oh –se lamentó con voz aún más alta. Era como alguien que cae de un acantilado, pidiendo socorro, o alguien que nada a lo lejos en medio de una tormenta, esperando que lo vean.

–Ah.

Llovía fuerte, ahora, y el gran coche rojo se bamboleaba abriéndose paso a través de un pastizal de medianoche y la lluvia golpeaba las ventanillas, empañando la visión de los campos abiertos. Atravesamos Culver City sin ver el estudio de cine y seguimos adelante; el gran coche se movía, el suelo gemía bajo los pies, los asientos vacíos crujían, el silbato bramaba.

Y una ráfaga de aire terrible a mis espaldas cuando el hombre al que yo no había visto gritó de pronto:

–¡La muerte...!

El silbato del tren le apagó la voz de modo que tuvo que volver a empezar.

–La muerte...

Otro silbato.

–La muerte –dijo la voz a mis espaldas– es un asunto solitario.

Pensé que el hombre se pondría a llorar. Observé la lluvia relampagueante que corría a nuestro encuentro. El tren aminoró la marcha. El hombre se puso de pie furioso e imperativo, como si fuese a pegarme si no lo escuchaba y me volvía a mirarlo. Quería ser visto. Deseaba ahogarme en su propia miseria. Sentí que extendía la mano, un puño o una garra, para arañarme o golpearme, no sabía. Me sujeté con fuerza del asiento de delante. La voz estalló.

–¡Oh, la muerte!

El tren frenó y se detuvo.

Continúa, pensé, *¡termina!*

–Es un asunto solitario –dijo en un susurro aterrador, y se alejó.

Oí que la puerta de atrás se abría. Al fin me volví.

El coche estaba vacío. El hombre se había marchado, llevándose el funeral consigo. Oí que la grava crujió en el sendero.

El hombre al que no había visto murmuraba algo entre dientes mientras las puertas se cerraban. Aún podía oírlo a través de la ventanilla. Algo acerca de la tumba. Algo acerca de la tumba. Algo acerca de la soledad.

El tren se sacudió bruscamente y avanzó rugiendo a través de los pastos altos y la tormenta.

Alcé la ventanilla para asomarme y mirar hacia atrás, en la húmeda oscuridad.

Si había una ciudad allí atrás, y gente, o un hombre y su terrible tristeza, yo no podía verlo, ni oírlo.

El tren iba rumbo al océano.

Yo tenía la horrible impresión de que se hundiría en él.

Cerré de un golpe la ventanilla y me senté, temblando.

Tuve que recordarlo durante el resto del camino: solo tienes veintisiete años. No bebas. Pero...

De cualquier modo, bebí un trago.

Aquí, en este rincón lejano y perdido del continente, donde los vagones se habían detenido y también los pasajeros, encontré un sitio todavía abierto; no había nadie excepto el hombre del bar, enamorado de Hopalong Cassidy en la televisión de madrugada.

–Un vodka doble, por favor.

Me asombré al oír mi voz. ¿Por qué bebía? ¿Para animarme a llamar a mi novia, Peg, que estaba a dos mil millas en la ciudad de México? ¿Para decirle que yo estaba bien? Pero no me había pasado nada.

Nada salvo un paseo en tren y una lluvia helada y una voz espantosa detrás de mí, exhalando vapores de terror. Pero tenía miedo de volver a la cama de mi apartamento, vacía como una nevera abandonada por los Okies cuando se fueron al Oeste.

Lo único más vacío era la cuenta bancaria del Gran Novelista Americano en el banco estilo templo romano a orillas del mar, a punto de desaparecer bajo las olas de la próxima recesión. Los pagadores esperaban todas las mañanas en los botes, mientras el gerente se ahogaba en el bar más cercano. Rara vez los veía. Con solo una venta ocasional a una popular revista de detectives, no había dinero para depositar. De manera que...

Bebí el vodka. Hice una mueca.

–Jesús –dijo el barman–, se diría que nunca ha tomado vodka.

–Nunca.

–Tiene muy mal aspecto.

–Me *siento* mal. ¿Alguna vez pensó que algo horrible iba a suceder, sin saber qué?

–Lo llaman desasosiego.

Tragué más vodka y me estremecí.

–No, no. Me refiero a algo realmente terrible, sofocante.

El barman miró por encima de mi hombro como si estuviese viendo el fantasma del hombre del tren.

–¿Lo trajo con usted?

–No.

–Entonces no está aquí.

–Pero –dije– él me *habló*. Era una de las Furias.

–¿Furias?

–No le vi la cara. Dios mío, ahora me siento peor.

Buenas noches.

–¡Deje el alcohol!

Pero yo ya estaba en la puerta buscando alrededor aquello que me esperaba. ¿Qué camino me convenía tomar para llegar a casa sin meterme en la oscuridad?

Y sabiendo que era una mala elección, corrí por la orilla oscura del antiguo canal hacia los sumergidos carrromatos del circo.

Nadie sabía cómo habían ido a parar las jaulas de los leones al canal. En verdad, nadie parecía recordar cómo los canales habían ido a parar en medio de un viejo pueblo en el que las semillas silbaban contra las puertas todas las noches junto con arena y restos de algas y hebras de tabaco de los cigarrillos arrojados a lo largo de la costa desde 1910.

Pero allí estaban los canales, y en el extremo de uno de ellos, un arroyo de color verde oscuro con manchas de aceite, los carrromatos y las jaulas de un viejo circo de pintura dorada y esmalte blanco descascarados y gruesos barrotes roídos por la herrumbre.

Tiempo atrás, a principios de los años veinte, estas jaulas habían rodado probablemente como luminosas tormentas de verano con animales al acecho, leones que abrían las fauces y exhalaban vahos de carne caliente. Grupos de caballos blancos habían paseado su pompa por las calles de Venice y a través de los campos mucho antes de que la MGM levantara sus falsas fachadas y creara un nuevo tipo de circo que viviría para siempre en trozos de película.

Ahora, todo lo que quedaba del viejo desfile había

terminado aquí. Algunos carromatos estaban hundidos de cabeza en las profundas aguas del canal; otros yacían ladeados y enterrados en las mareas que los descubrían en la madrugada o los cubrían a medianoche. Los peces entraban y salían en cardúmenes por los barrotes. Durante el día unos niños pequeños bailaban en las enormes islas olvidadas de acero y madera, y a veces se metían y sacudían los barrotes y rugían.

Pero ahora, pasada la medianoche, cuando el último tren había partido rumbo al norte a lo largo de los arenales desiertos, los canales lamían con aguas negras y succionaban las jaulas como las mujeres viejas succionan sus encías vacías.

Llegué corriendo, la cabeza gacha para protegerme de la lluvia que de pronto aclaró y escampó. La luna se asomó por una grieta de oscuridad, como un gran ojo que me observaba. Yo caminaba sobre espejos que mostraban la misma luna y las mismas nubes. Caminaba por el cielo de debajo cuando... algo ocurrió...

Desde algún lugar, a una o dos manzanas de distancia, una ola de agua salina vino rodando, negra y suave, entre las orillas del canal. En algún lugar se había roto un banco de arena, y el mar había entrado. Y aquí venían las aguas oscuras. La marea llegó hasta un pequeño puente en el preciso momento en que yo llegaba al centro.

El agua siseaba alrededor de las viejas jaulas de los leones.

Me apresuré y me sujeté de la barandilla del puente.

Porque en una jaula, justo debajo de mí, una tenue fosforescencia golpeó el interior de los barrotes.

Una mano hacía señales desde dentro de la jaula. Algún viejo domador de leones se había quedado

dormido, acababa de despertar y descubriría que estaba atrapado en un sitio extraño.

Un brazo se extendió lánguidamente en la jaula, detrás de los barrotes. El domador de leones terminaba de despertarse.

La marea descendió y subió otra vez.

Y un fantasma se apretaba contra los barrotes.

Inclinado sobre la barandilla, yo no podía creerlo.

Pero ahora el espíritu-luz cobraba forma. No solo una mano, un brazo; todo un cuerpo se combaba y gesticulaba flojamente, como una enorme marioneta, atrapada en hierro.

Un rostro pálido, con ojos vacíos iluminados por la luna y que no mostraban nada más, flotaba allí como una máscara de plata.

Luego la marea se replegó y descendió. El cuerpo desapareció.

En algún lugar de mi mente, el enorme tren tomaba una curva de rieles oxidados. Los frenos chirriaban, el tren chispeaba, chillaba hasta detenerse, mientras en alguna parte un hombre invisible traqueteaba aquellas palabras con cada carrera, salto, acometida.

—La muerte... es un asunto... solitario.

No.

La marea volvió a subir con un gesto, como un fantasma evocado en alguna otra noche.

Y la forma fantasmal volvió a elevarse en la jaula.

Era un muerto que pugnaba por salir.

De pronto se oyó un aullido terrible.

Supe que había sido yo cuando una docena de luces se encendieron en las pequeñas casas a lo largo del canal oscuro.

—¡Vamos, apártense, apártense!

Llegaban más coches, más policías; se encendían más luces; salía más gente en bata, aturdida por el sueño, y se acercaba a mí, aturdido por algo más que por el sueño. Parecíamos una turba de miserables payasos abandonados en el puente, contemplando nuestro circo inundado.

Yo temblaba, los ojos clavados en la jaula, preguntándome por qué no me había vuelto a mirar. Por qué no había mirado a ese hombre que sabía todo acerca de ese otro hombre del carromato.

Dios mío, pensé, ¿y si el hombre del tren había metido al muerto en esa jaula?

¿Pruebas? Ninguna. Todo lo que yo tenía eran seis palabras repetidas en un tren nocturno, una hora después de medianoche. Todo lo que yo tenía era la lluvia que goteaba en los cables aéreos repitiendo esas palabras. Todo lo que yo tenía era la manera en que el agua fina venía como la muerte a lo largo del canal y bañaba las jaulas y retrocedía más fría aún.

Otros extraños payasos salían de las viejas casas.

—Muy bien, amigos, son las tres de la madrugada. ¡Dispérsense!

Había comenzado a llover otra vez, y los policías me habían mirado al llegar, como diciendo: «¿Por qué no se mete en sus asuntos?» o «¿Por qué no esperó hasta la mañana para hacer una llamada anónima?».

Uno de los policías estaba de pie en la orilla del canal, en traje de baño negro, mirando el agua con desagrado. Tenía la piel blanca por no haber estado al sol durante largo tiempo. Observaba cómo la marea entraba en la jaula y hacía subir al hombre que allí dormía, y hacía señas. Un rostro asomó detrás de los barriles. El rostro parecía tan alejado de todo que era

triste. Sentí un terrible desgarramiento en el pecho. Tuve que retroceder, porque oí que una primera tos de angustia me temblaba en mi garganta.

Y luego la carne blanca del policía cortó el agua. Se sumergió.

Pensé que también se había ahogado. La lluvia caía sobre la superficie aceitosa del canal.

Y entonces apareció el oficial, dentro de la jaula, la cara contra los barrotes, jadeando.

Me sobresalté porque pensé que era el muerto el que había llegado hasta allí en busca de un último aliento de vida.

Minutos más tarde vi al nadador que se debatía por salir del otro extremo de la jaula, arrastrando una larga forma fantasmal como un gallardete funerario de pálidas algas marinas.

Alguien estaba llorando. ¡Dios mío, pensé, no puedo ser yo!

El cuerpo estaba ahora en la orilla, y el nadador se secaba con una toalla. Las luces de los coches de patrulla brillaban con intermitencia. Tres policías con linternas se inclinaron sobre el cuerpo, hablando en voz baja.

–Diría que unas veinticuatro horas.

–¿Dónde está el forense?

–El teléfono está descolgado. Tom fue a buscarlo.

–¿Cartera? ¿Papeles?

–No lleva nada. Probablemente un tipo de paso.

Comenzaron a darle vuelta los bolsillos.

–No, no es un tipo de paso –dije, y me callé.

Uno de los policías se volvió para iluminarme la cara con la linterna. Con gran curiosidad me examinó los ojos, y escuchó los sonidos sepultados en mi garganta.

–¿Lo conoces?

–No.

–Entonces, ¿por qué...?

–¿Por qué me siento mal? Porque está muerto, para siempre. Y yo lo encontré.

Mi mente dio un salto.

Años atrás, un día de verano más luminoso doblé una esquina y me topé con un hombre tendido debajo de un coche. El conductor estaba saltando del coche para acercarse al cuerpo. Avancé unos pasos, y me detuve.

Había algo rosado en la acera junto a mi zapato.

Recordé haberlo visto en una cuba del laboratorio de la escuela. Un solitario pedazo de tejido cerebral.

Una mujer que pasaba, una desconocida, se detuvo largo rato mirando el cuerpo bajo el coche. Luego hizo algo impulsivo que ni ella misma hubiese podido anticipar. Se agachó lentamente para arrodillarse junto al cuerpo. Le palmoteó el hombro, lo tocó otra vez como diciendo, vamos, vamos, oh, oh, vamos, vamos.

–¿Lo han matado? –me oí preguntar.

El policía se volvió.

–¿Por qué lo dices?

–Cómo se explica, quiero decir, ¿cómo se explica que haya llegado a esa jaula bajo el agua...si nadie... lo metió allí?

La linterna se encendió nuevamente y la luz me rozó la cara, como la mano de un médico en busca de síntomas.

–¿Eres tú el que ha llamado?

–No –me estremecí–. Yo fui el que gritó e hizo que se encendieran todas las luces.

–Eh –susurró alguien.

Un detective con ropas de paisano, calvo y de baja

estatura, se arrodilló junto al cuerpo y volvió del revés los bolsillos del abrigo. De ellos cayeron bolas y grumos de algo que parecía unos húmedos copos de nieve, papel maché.

–¿Qué diablos es eso? –dijo alguien.

Yo lo sé, pensé, pero no lo dije.

Me temblaba la mano cuando me agaché junto al detective hacia el montón de papel mojado. El hombre estaba sacando la misma basura de los otros bolsillos. Guardé un poco de papel en la palma, y mientras me levantaba, lo guardé en un bolsillo, justo cuando el detective alzaba los ojos.

–Estás empapado –dijo–. Déjale el nombre y la dirección a ese oficial, y vete a casa. Sécate.

Comenzaba a llover otra vez y yo estaba temblando. Me volví, le di mi nombre y dirección al oficial, y corrí hacia mi apartamento.

No había corrido más de una manzana cuando se acercó un coche y la portezuela se abrió. El detective bajo y calvo me miraba parpadeando.

–Santo Dios, tienes muy mal aspecto –dijo.

–Alguien me dijo lo mismo, hace apenas media hora.

–Entra.

–Vivo a una manzana...

–¡Entra!

Subí, estremeciéndome, y me llevó dos manzanas hasta mi mohosa caja de cartón de treinta dólares mensuales. Estuve a punto de caerme al bajar, tanto me habían debilitado los temblores.

–Crumley –dijo el detective–. Elmo Crumley. Llámame cuando descubras qué es ese pedazo de papel que te metiste en el bolsillo.

Me sobresalté. Me sentía culpable. Mi mano se metió en ese bolsillo. Asentí.

–Claro.

–Y deja de preocuparte y de parecer enfermo –dijo Crumley–. No era nadie... –Se interrumpió, avergonzado de lo que había dicho, y agachó la cabeza para volver a empezar.

–En cambio, yo tengo la impresión de que era *alguien* –dije–. Si llego a recordarlo, lo llamaré.

Me quedé donde estaba. Temía que justo detrás de mí me estuviesen aguardando cosas más terribles. Cuando abriera la puerta de mi apartamento, ¿las aguas negras del canal caerían sobre mí?

–¡Anímate! –Y Elmo Crumley cerró la portezuela.

El coche era dos puntos de luz roja y se alejaba en un aguacero que me obligaba a cerrar los ojos.

Miré la cabina telefónica de la gasolinera que yo utilizaba como despacho para telefonar a los editores, que nunca devolvían las llamadas. Metí las manos en los bolsillos en busca de monedas, pensando: llamaré a Ciudad de México, despertaré a Peg, le pediré que pague la llamada, le contaré lo de la jaula, el hombre y... –Dios– ¡le daré un susto de muerte!

Escucha al detective, pensé.

Anímate.

Ahora temblaba con tanta violencia que no conseguía meter la maldita llave en la cerradura.

La lluvia me siguió adentro.

Dentro, aguardándome, había:

Un estudio vacío de seis por seis con un sofá arruinado, una estantería con catorce libros y mucho espacio libre, una butaca comprada en unas rebajas de la Goodwill Industries, un escritorio de pino sin barnizar de Sears Roebuck con una máquina de escribir enci-

ma, una Underwood común de 1934, falta de aceite, grande como una pianola y ruidosa como un par de zuecos de madera sobre un piso desnudo.

En la máquina de escribir había una previsora hoja de papel. A un lado, en una caja de madera, estaba mi producción literaria, toda en una sola pila. Había ejemplares de *Dime Detective*, *Detective Tales* y *Black Mask*, que me habían pagado treinta o cuarenta dólares por historia. En el otro lado había otra caja de madera, esperando a que la llenaran con hojas manuscritas. Contenía una sola hoja de un libro que se resistía a empezar.

NOVELA SIN TÍTULO

Debajo, mi nombre. Y la fecha: 1 de julio, 1949.

O sea, tres meses atrás.

Me estremecí; me desvestí, me sequé con una toalla, me puse una bata y volví a contemplar mi escritorio.

Toqué la máquina de escribir y me pregunté si era una amiga perdida o un hombre o una molesta ama de casa.

Pocas semanas atrás, en cierto momento había emitido unos sonidos que recordaban vagamente a la Musa. Ahora, me sentaba a menudo ante la condenada máquina como si alguien me hubiese cortado las manos a la altura de las muñecas. Tres o cuatro veces al día me sentaba allí, torturado por impulsos literarios. No se me ocurría nada. U ocurría algo que terminaba en el suelo en ovillos de pelo que yo barría cada noche. Estaba atravesando ese vasto desierto conocido como Periodo de Sequía, Arizona.

Tenía mucho que ver con el hecho de que Peg estuviese tan lejos, entre todas esas momias de catacumba en México, y con mi soledad, y con la falta de sol en

Venice desde hacía tres meses: solo bruma y luego neblina y luego lluvia y luego neblina y otra vez bruma. Me envolvía en algodón frío cada medianoche y me desenvolvía al alba convertido en hongo de pies a cabeza. La almohada amanecía húmeda, pero yo no sabía qué había soñado para salarla de esa manera.

Miré por la ventana ese teléfono al que estaba atento todo el día, y que nunca sonaba para ofrecerme la compra de mi espléndida novela si conseguía terminarla el año pasado.

Vi cómo mis dedos se movían con torpeza sobre las teclas de la máquina de escribir. Pensé que se parecían a las manos del muerto de la jaula, suspendidas en el agua y moviéndose como anémonas marinas, o a las manos invisibles del hombre que se sentó detrás de mí en el tren, esa noche.

Los dos hombres habían gesticulado.

Lenta, lentamente me senté.

Algo latió con fuerza dentro de mi pecho, como alguien que choca contra los barrotes de una jaula.

Alguien me echó el aliento sobre la nuca.

Tenía que sacármelos de encima, a los dos. Tenía que hacer algo para tranquilizarlos y poder dormir.

Un sonido me salió de la garganta como si estuviese a punto de vomitar. Pero no vomité.

En cambio, mis dedos empezaron a escribir, cubriendo de x la NOVELA SIN TÍTULO hasta que desapareció.

Luego bajé una línea y vi cómo estas palabras empezaban a aparecer bruscamente en la página:

LA MUERTE y luego ES UN y luego ASUNTO y, al fin, SOLITARIO.

El título me dejó haciendo muecas, tomé aliento, y escribí sin interrupción durante una hora, hasta que el

tren de tormenta y relámpagos se alejó bajo la lluvia y la jaula de leones se llenó de negra agua de mar que desbordó y liberó al muerto...

Bajando por los brazos, a lo largo de mis manos y de las frías yemas de los dedos a la página.

La oscuridad llegó como una inundación.

Reí, contento de que hubiera llegado.

Y me desplomé sobre la cama.

Mientras trataba de dormir, empecé a estornudar y estornudar, y me quedé miserablemente tendido, consumiendo una caja de Kleenex, sintiendo que el frío no se iría nunca.

Durante la noche, la bruma se hizo más espesa, en algún lugar lejano de la bahía algo se hundió y se perdió, una sirena sonaba una y otra vez. Sonaba como una gran bestia marina muerta tiempo atrás, y que ahora iba hacia su propia tumba, lejos de la costa, lamentándose en el camino, sin nadie que la compadeciera o la siguiera.

Durante la noche una corriente de aire sacudió la ventana de mi apartamento y movió sobre la mesa las hojas mecanografiadas de mi novela. Oí que el papel susurraba, como las aguas del canal, como el aliento en mi nuca, y por último me dormí.

Desperté tarde a un sol resplandeciente. Fui estornudando hasta la puerta, que abrí para salir a una explosión de luz diurna tan intensa que tuve ganas de vivir eternamente, y tanto me avergonzó este pensamiento que, como Ahab, quise golpear el sol. En cambio, me vestí rápidamente. Mis ropas de la noche anterior aún estaban húmedas. Me puse unos pantalones cortos de tenis y una chaqueta. Luego volví del revés los bolsillos

del abrigo húmedo en busca de la bola de papel maché que pocas horas antes había caído del traje del muerto.

Toqué los pedazos con las uñas, suspirando. Sabía qué eran. Pero aún no estaba preparado para afrontarlo.

No soy bueno para las carreras. Pero corrí...

Lejos del canal, la jaula, la voz que hablaba oscuramente en el tren, lejos de mi habitación, y las páginas que esperaban a ser leídas, y que habían comenzado a decirlo todo, pero que yo aún no quería leer. Solo corrí a ciegas por la playa hacia el sur.

Al país del Mundo Perdido.

Me detuve al fin a contemplar el desayuno de unas extrañas bestias mecánicas.

Pozos de petróleo. Bombas de petróleo.

Estos grandes pterodáctilos, contaba yo a mis amigos, habían llegado por el aire años atrás, deslizándose a altas horas de la noche para construir sus nidos. Los habitantes de la costa despertaban alarmados y oían los ruidos de succión de unos enormes apetitos. Se sentaban en las camas, desvelados por el chirrido, el rumor, el alboroto de unas formas esqueléticas, el esfuerzo de unas alas encadenadas a la tierra y sin plumas que se elevaban y caían como ráfagas prehistóricas a las tres de la madrugada. Como el tiempo, el olor de las máquinas barría la costa, venido de una época anterior a las cavernas o a los hombres que se ocultaban en cavernas, un olor de selvas que caían hundiéndose en la tierra y maduraban luego hasta convertirse en petróleo.

Corrí a través de este bosque de brontosaurios, imaginando triceratops, y el estegosaurio de cerca de púas, pisando almíbares negros, hundiéndose en la breca. Los lamentos reverberaban en la playa, donde la resaca volvía a arrojar unos truenos antediluvianos.

Pasé corriendo entre los pequeños chalés blancos

que habían venido luego a anidar entre los monstruos, y entre los canales dragados que reflejaran los cielos claros de 1910, cuando las góndolas blancas navegaban en las corrientes limpias, y en los puentes unas bombillas como luciérnagas prometían futuras caminatas que llegaron como súbitas compañías de ballet, y partieron a toda prisa y no volvieron nunca más después de la guerra. Y las bestias oscuras se contentaron con seguir succionando la arenisca mientras las góndolas se hundían, llevándose consigo los restos de risa de alguna fiesta.

Algunos se quedaron, por supuesto, ocultos en cabinas o encerrados en unas cuantas villas mediterráneas, añadidas por mera ironía arquitectónica.

Me detuve de repente. Dentro de poco tenía que dar media vuelta, encontrar el montón de papel maché, y luego ir a buscar el nombre del dueño, perdido y muerto.

Pero por lo pronto uno de los palacios mediterráneos, de un blanco resplandeciente, como una luna llena posada en la arena, se alzaba frente a mí.

—Constance Rattigan —susurré—. ¿Puede salir y actuar?

Se trataba, en realidad, de una fortaleza morisca de un blanco resplandeciente, que miraba al mar y desafiaba a las olas a que entraran y la derribaran. Tenía minaretes, torrecillas y azulejos celestes y blancos, y se alzaba en precario equilibrio sobre los bancos de arena, a menos de treinta metros del lugar donde las olas curiosas se inclinaban en señal de obediencia, donde las gaviotas descendían en círculo para echar una mirada, y donde me encontraba yo ahora echando raíces.

—Constance Rattigan.

Pero nadie salió.